

Introducción

Para una lectura del evangelio de Marcos

El de Marcos es el evangelio más antiguo: llegó a nosotros en lengua griega en torno al año 70 d. de C. Según el testimonio de Papías, el evangelista Marcos, discípulo de Pablo (cf. Hch 12,12-25; 13,5-13; 15,27-39) e intérprete de Pedro (cf. 1 Pe 5,13), escribió su evangelio en Roma. El tema de su relato es la *alegre noticia* de que Jesucristo es el Hijo de Dios, es el Mesías salvador del mundo (cf. Mc 1,1; 15,39). Narra la vida de Jesús atendiendo tanto al hecho histórico, que se desarrolla desde la predicación de Juan el Bautista y concluye con la muerte y resurrección de Jesús, como al aspecto catequético-kerigmático, que presenta un itinerario de fe en el que se va introduciendo gradualmente al lector en la comprensión de quién es Jesús y quién es discípulo, y cómo éste puede ponerse a seguir al Maestro de Nazaret a fin de llevar a cabo una experiencia de vida. Este evangelio, en el que se pone la historia al servicio de la teología, ha sido considerado como el «evangelio del catecúmeno», de quien anda en busca de la identidad del Señor para redescubrir su persona, su humanidad y su divinidad.

Tomando como base el desarrollo de la narración, se suelen distinguir dos grandes partes en la estructura del evangelio de Marcos, precedidas de un prólogo (1,1-13) y seguidas de un epílogo (16,9-20). La primera parte aborda el tema progresivo del misterio del Mesías

(1,14–8,30); la segunda se concentra en el misterio del Hijo del hombre orientado hacia la cruz (8,31–16,8). Veamos la estructura literaria de un modo más detallado, algo que permitirá al lector comprender mejor el desarrollo de la obra y que deberemos tener presente en el campo de la catequesis pastoral:

1. *El prólogo (1,1-13):*

1,1: El tema

1,2-13: Introducción

2. *El misterio del Mesías (1,14–8,30):*

1,14–3,6: Jesús manifiesta su autoridad

3,7–6,6a: Jesús manifiesta su reino

6,6b–8,30: Jesús manifiesta su poder

3. *El misterio del Hijo del hombre (8,31–16,8):*

8,31–10,52: El camino del Hijo del hombre

11,1–13,37: El juicio sobre Jerusalén

14,1–16,8: la Pasión y la resurrección

4. *El epílogo (16,9-20)*

1. Los interrogantes fundamentales: la identidad de Jesús y la del discípulo

Las preguntas centrales a las que Marcos intenta responder son esencialmente dos: por una parte, las relacionadas con la persona de Jesús, con la presencia de su Reino en el mundo y con las leyes que lo rigen; por otra, quién es el discípulo y de qué modo está llamado a seguir al Maestro. En realidad, todos los evangelios ponen en el centro a la persona de Jesús, a fin de que todo ser humano, una vez convertido en discípulo, pueda conocerle y seguirle en su camino. Al leer el evangelio de Marcos vemos que el evangelista nos refiere no sólo las palabras y las acciones de Jesús, sino que nos presenta asimismo las distintas reacciones que el pueblo, los ad-

versarios y, especialmente, los discípulos tienen frente al Señor. Lo mismo cumple decir respecto a la acogida de su Palabra, de su estilo de vida y, por consiguiente, de las distintas actitudes de fe o incredulidad que provoca la enseñanza del Maestro en el corazón de sus oyentes.

Marcos, con su evangelio, nos muestra gradualmente, en primer lugar, *quién es Jesús* y su misterio. De hecho, no es Jesús quien revela y proclama su verdadera identidad, sino que son los discípulos que le acompañan y viven con él quienes deben comprenderla y manifestarla. Son los discípulos quienes deben aprender a conocer quién es el Señor por sí mismos, acogiendo su enseñanza, siguiéndole en su camino de vida y, sobre todo, interrogándose sobre las experiencias que han vivido con el Maestro (cf. 4,40s; 8,16-21). El contenido de este evangelio converge así no tanto en la doctrina, sino en el *conocimiento experiencial de Jesús*, que nace del contacto diario y de la comunión de vida con él. No se comprende el Evangelio «desde fuera», sino viviendo en unidad con él y entrando en su intimidad. Este conocimiento experiencial es fruto de la escucha dócil y confiada de lo que dice el Maestro, de la lectura de los signos de su misión y del hecho de compartir su vida. Sólo cumpliendo estas condiciones se comprende la verdad evangélica y se penetra en sus pliegues más auténticos. La llamada y el seguimiento del discípulo tras los pasos de Jesús implican, en consecuencia, una finalidad muy precisa: conocer su persona, acoger su enseñanza y adherirse a su camino de vida. El evangelista impulsa de este modo al lector a que proceda a una confrontación con la persona de Jesús, lo que permite entrar a todo discípulo en el contenido del Evangelio y en el conocimiento directo de la identidad del profeta de Nazaret.

Por otra parte, es también esta luz la que permite comprender cómo se ha de llevar a cabo la predicación del Evangelio. La *alegre noticia* del Señor no se ha de

predicar con el poder de los medios humanos –con libros, apoyos y reglas varias–, sino que tienen que predicarla sólo personas que hayan vivido en comunión de vida con él, que hayan penetrado en los secretos de su corazón, es decir, discípulos auténticos y reconocidos por Jesús, a los que él mismo envía a predicar al pueblo el alegre anuncio de la liberación y de la salvación (cf. 3,14; 6,12; 16,20). Éstos deben hablar a cada hombre y a cada mujer de la plenitud del encuentro fulgurante que han tenido con él. Por otra parte, el anuncio del Evangelio se ha de llevar a cabo en unidad con los otros discípulos: como el encuentro con Jesús y la comunión de vida, entregados por el Maestro, unieron a los discípulos con él, así también, análogamente, la misma comunión y fraternidad une a los discípulos entre ellos en la transmisión de la Buena Noticia.

2. El centro del evangelio: la cruz-resurrección de Jesús

Si bien el evangelista Marcos subraya fuertemente el tema del discipulado, con todo, para comprender los dieciséis capítulos de su evangelio, penetrar en su corazón y conocer a fondo la persona y la misión de Jesús, es preciso referirse a un pasaje fundamental que se encuentra en el centro del evangelio y que marca el final de la primera parte y el comienzo de la segunda: se trata del fragmento 8,27–9,13, donde se presenta el misterio de Jesús, su cruz y resurrección: *«Jesús empezó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho, que sería rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían y a los tres días resucitaría»* (8,31). El cerro del Gólgota constituye, por consiguiente, el lugar panorámico por excelencia desde el que se comprende todo el acontecer de Jesús. Con el capítulo 8 se separan, en efecto, las dos secciones de la obra, que ponen la profesión de fe de

Pedro en Jesús: «*Tú eres el Mesías*» (8,29), como punto central material y doctrinal de la obra de Marcos. Aquí se recogen las diferentes respuestas sobre la identidad de Jesús. Para la gente, es un profeta; para los discípulos, el Mesías terreno y glorioso; para el propio Jesús, es el Mesías crucificado, el Hijo de Dios, que va camino de la cruz, en plena obediencia al Padre (8,28-30).

La *primera parte* del libro (capítulos 1–8) contiene el relato de la vocación de los primeros discípulos (1,16-20) y la institución de los Doce (3,13-19); las parábolas sobre el Reino de Dios (4,1-34) y los milagros de Jesús, que conducen al reconocimiento de su verdadera identidad como Señor con poder sobre los espíritus del mal, sobre las enfermedades y sobre la naturaleza (4,35–5,43); la misión y el retorno de los Doce (6,6-29) con las dos multiplicaciones de los panes (6,31-56; 8,1-10), y la conclusión de Jesús como Mesías en Cesarea de Filipo, algo que no comprenden ni Pedro ni los otros discípulos (8,27-30). Marcos, mostrando a Jesús en su humanidad, plenamente implicado en nuestra condición humana, cuenta una historia y desvela el significado de su persona. Lo presenta como Mesías e Hijo de Dios y, de este modo, ofrece la respuesta a los problemas más vivos y acuciantes de la persona humana.

La *segunda parte* del evangelio, contenida en los capítulos 9–16, desarrolla el tema de las exigencias que presenta el seguimiento de Jesús. El discípulo, que ha comprendido la verdadera identidad del Maestro, está ahora en condiciones de comprender también las exigencias que implica el caminar con Jesús hacia Jerusalén a través de los tres anuncios de la Pasión (cf. 8,31-34; 9,32-34; 10,32-40) y la historia de sufrimiento ligada a la muerte en la cruz. Estas exigencias del mesianismo doliente del Maestro son también las que se presentan a cada uno de sus discípulos: *renunciar a sí mismo, cargar con su cruz, perder su vida para salvarla* (8,34s), ser servidor de todos (9,35). Esta sección se cierra con el juicio

sobre Jerusalén (11,1–13,37), la Pasión, el misterio de la tumba vacía y la resurrección del Señor (14,1–16,8).

A buen seguro, todo el acontecer humano de Jesús es mesiánico y revela el plan salvífico de Dios, pero es innegable que los acontecimientos finales de la vida del Señor iluminan toda su misión con una fuerza particular. Así pues, ni los milagros ni su enseñanza bastan por sí solos para comprender la figura de Jesús, sino que todo el conjunto está al servicio del acontecimiento histórico fundamental e interpretativo del Evangelio, que sigue siendo, sin duda, el de la *cruz* (cf. 8,34-38), que no es el lugar de la derrota, sino el de la victoria de Dios sobre las potencias del mal y sobre Satanás (cf. 15,38s).

La escena del relato de la Pasión y muerte del Señor, con las diferentes actitudes de las personas presentes en el Calvario, bosqueja bien los dos tipos de fe que chocan ante el Crucificado: los que querrían que el Mesías bajara de la cruz e hiciera un milagro (cf. 15,29-32) y aquellos que, como el centurión romano, son capaces de reconocer la divinidad del Hijo de Dios precisamente a través del escándalo de la cruz: «*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*» (15,39). Marcos alcanza aquí la cima de su teología: la cruz muestra que la debilidad se ha transformado en poder. En la cruz, efectivamente, el dualismo entre poder y debilidad, que ha marcado toda la vida de Jesús, muestra en el fracaso el poder del Hijo de Dios: en la obediencia de éste al plan del Padre por amor, la debilidad se transforma en victoria y abre el camino a la realización plena. En realidad, es ante la imagen del Crucificado donde todo ser humano decide su fe y afirma o niega el sentido de su propia vida.

3. ¿Cuál es el mensaje para nosotros?

La continua confrontación del discípulo con Jesús en el evangelio de Marcos muestra que todas las cosas tienen un sentido y que la vida en el seguimiento del profeta de

Nazaret adquiere toda su belleza cuando se entrega toda la vida por la esperanza y la salvación de todos. Aprender a ser discípulos de Jesús significa así embellecer y dar sentido a la propia vida, significa contemplar al Hijo de Dios crucificado en aparente debilidad, que no se salva a sí mismo, sino que muere por los demás. Ser discípulo significa revivir la experiencia de vida de Jesús, hecha amor sin límites como respuesta última a los problemas del hombre, significa acompañar al Maestro con una adhesión de fe convencida y testimoniada.

El evangelio de Marcos se cierra con las palabras de un joven vestido de blanco que lanza un desafío a las mujeres que se habían acercado al sepulcro: «*Buscáis a Jesús de Nazaret [...] Él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis*» (16,6s). Los creyentes no podemos detenernos ante la tumba del Señor, sino que, con la fe que nos viene del sepulcro vacío y glorioso, debemos emprender un camino en nuestra «Galilea de los gentiles» (cf. Mt 4,15), a fin de seguir el camino que nos ha indicado el Resucitado y encontrarle en una vida de solidaridad con todos y de humilde servicio, sobre todo al hermano menesteroso y enfermo, en el que Cristo nos quiere salir al encuentro.

4. Bibliografía selecta (pastoral y espiritual) del evangelio de Marcos

- E. BIANCHI, *Evangelo secondo Marco*, Qiqajon, Magnano (Bi) 1990.
- J. DELORME, *El evangelio según san Marcos*, Cuadernos bíblicos 15-16, Verbo Divino, Estella 1986.
- R. FABRIS, «Il Vangelo secondo Marco», en AA. VV., *I Vangeli*, Cittadella, Asís (Pg) 1989.
- S. FAUSTI, *Ricorda e racconta il Vangelo. La catechesi narrativa di Marco*, Ancora, Milán 1994.

- M. GALIZZI, *Vangelo secondo Marco*, Elle Di Ci, Leumann (To) 1996 (traducción española: *El evangelio según Marcos: comentario exegético-espiritual*, San Pablo, Madrid 2007).
- PH. VAN LINDEN, *Vangelo secondo Marco*, Queriniana, Brescia 1991.
- B. MAGGIONI, *Il racconto di Marco*, Cittadella, Asís (Pg) 1994 (traducción española: *El relato de Marcos*, San Pablo, Madrid ²1988).
- A. SISTI, *Marco*, Paoline, Roma ⁵1991.
- K. STOCK, *Gesù, la buona notizia*, ADP, Roma 1990.

Giorgio Zevini

Dedicación exclusiva

(Mc 1,1-8)

¹ Comienzo de la Buena Noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios.

² Según está escrito en el profeta Isaías:

*Mira, envió mi mensajero delante de ti,
el que ha de preparar tu camino.*

³ *Voz del que grita en el desierto:
¡Preparad el camino al Señor,
allanad sus senderos!*

⁴ Apareció Juan el Bautista en el desierto predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. ⁵ Toda la región de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él y, después de reconocer sus pecados, Juan los bautizaba en el río Jordán.

⁶ Iba Juan vestido con piel de camello, llevaba una correa de cuero a su cintura y se alimentaba de saltamontes y de miel silvestre. ⁷ Esto era lo que proclamaba:

—Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo. Yo no soy digno ni de postrarme ante él para desatar la correa de sus sandalias. ⁸ Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

La Palabra se ilumina

Nuestro texto pertenece al conjunto formado por los vv. 1-13, que podríamos definir como las «credenciales» de Jesús. En efecto, tras el título del v. 1, tenemos un doble testimonio: el autorizado de Juan, última voz profética del Antiguo Testamento e iniciador del Nuevo Tes-

tamento, y el testimonio supremo de la voz divina, que interviene para proclamar la divinidad de Jesús, el «*Hijo amado*» (v. 11). Jesús demuestra, inmediatamente después, que es en verdad hijo, porque sigue de manera benevolente la voluntad del Padre, rechazando las tentaciones («*los ángeles le servían*»: v. 13). Jesús inaugura así una nueva generación, muy diferente a la de los padres que se opusieron a Dios en el desierto.

En ese contexto está situado nuestro fragmento, compuesto por un título que vale para todo el libro (v. 1) y por un pasaje sobre Juan el Bautista (vv. 2-8). La cita profética de los vv. 2s (una mezcla de Mal 3,1 y de Is 40,3: las dos referencias han sido reunidas por el concepto de preparación) certifica la misión preparatoria del Bautista, declarándola como la última llamada antes del acontecimiento definitivo; vale como un pórtico de acceso que conecta el Antiguo con el Nuevo Testamento.

Juan está, en efecto, a caballo entre ambos. Su vida y su mensaje se resumen en pocas palabras: una invitación categórica e inaplazable a cambiar de vida dirigida a todos (v. 4: aquí se presenta a Juan, cuyo nombre significa «Dios es misericordioso» o «Dios se ha apiadado», en su doble misión: la de anunciar y la de bautizar). La respuesta positiva de la muchedumbre, expresada en el texto con un énfasis absolutamente oriental (v. 5), indica, más que un éxito personal, el cumplimiento del tiempo de preparación y la disponibilidad para acoger al Esperado: la enorme muchedumbre se dirige a confesar sus propios pecados.

A continuación, en el v. 6, se perfila la figura exterior de Juan. Se trata de una especie de «fotografía» que no concede nada a lo exterior o a la frivolidad; su *look* extravagante y excéntrico, en la medida en que atestigua algo esencial, no hace más que reforzar el sentido de la misión del Bautista: es como decir que todo su tiempo

y todas sus energías están dedicados a su misión y no a su propia persona. Por último, llega el eco de su predicación, en la que se esboza la grandeza de Jesús (vv. 7s, centro de gravedad de todo el fragmento). Son dos las directrices: en primer lugar, Juan emplea el contrapunto de su *propia inferioridad*, expresada en la bella metáfora de no ser digno de desatar los lazos de sus sandalias (una tarea reservada en aquel tiempo a los esclavos); a renglón seguido, señala *la diferencia cualitativa* entre su bautismo, limitado al agua, y el de Jesús, enriquecido con el Espíritu Santo.

Jesús tiene los rasgos inequívocos del Mesías, mientras que Juan parece deslizarse hacia la sombra de la relación que le liga al nazareno. Más aún, si nos fijamos bien, entre Juan y Jesús media la diferencia que se interpone entre lo humano y lo divino, la distancia abismal que separa la orilla del arrepentimiento de la orilla de la gracia. De ahí que nuestro fragmento se abra y se cierre con la referencia a Jesús, origen, sentido y fin de la actividad de Juan el Bautista.

La Palabra me ilumina

«¡Convertíos!»: reorientemos nuestra vida, cambiemos de camino, porque la Palabra del Señor es siempre un don que deseamos captar y admirar, con el deseo de convertirlo en don de vida.

Juan el Bautista nos brinda una orientación, válida para hoy y válida también para todos los días de nuestra vida, cuando ésta quiere crecer, respecto al día precedente o al pasado. Orienta nuestro corazón y nuestro pensamiento, nos ayuda a mirar, a amar al Señor. Estamos invitados cada día a recorrer el camino de la santidad, el que va –como se dice con el estilo que emplea hoy Juan– de lo «antiguo» a lo «nuevo», de lo bueno a lo mejor, a lo perfecto; es nuestro camino, el que el Señor ha pensado para nosotros. No es uno de los muchos

caminos locos y confusos de nuestras ciudades; tal vez se parezca más a una «cañada», a un «sendero», a un camino silencioso, interior; un camino pequeño, simple, pero con una meta precisa: Él. Un camino que debemos recorrer con fe, atención y empeño.

El profeta Malaquías nos recuerda cómo podemos preparar la nueva jornada, el camino de la vida, para que sea un «encuentro nuevo» con Jesús. Es una referencia a lo que Dios decía ya al pueblo judío que caminaba en el desierto: «Yo enviaré mi ángel delante de ti, para que te guarde en el camino...» (Éx 23,20-22).

La Palabra de hoy es una referencia continua y decidida al desierto, al valor espiritual del desierto como experiencia fuerte de esencialidad, de amor matrimonial. Marcos recuerda precisamente la vestimenta y el alimento de Juan el Bautista para que nosotros nos mostremos diligentes a la hora de eliminar lo superfluo de las infinitas exigencias de nuestra vida diaria, a fin de llegar a lo único necesario, a nuestro verdadero bien, como también recordará Jesús al joven rico (cf. Mt 19,16-23).

El camino que nos indica Juan es un mensaje de vida que nos ayuda a descubrir cada vez mejor al «maestro» esperado. Nos orienta y nos pone a la escucha de su voluntad. Juan la vivió en un recorrido completamente suyo, desde la alegría al ocultamiento, con una atención total a la espera, olvidándose de sí mismo. Su ejemplo es una invitación a la espera de algo o, mejor, de Alguien que nos espera por vez primera, convidándonos a alimentar la esperanza, a modificar las situaciones engorrosas o poco claras, a intentar proyectos nuevos. La vida convertida en una cuna de demandas, de estímulos, de invitaciones, de propuestas. Éste es el «*cambiad de vida...*» pedido por Juan y manifestado con el acercarse a él para recibir el bautismo de penitencia. No podemos ser menos que los peregrinos que

se dirigen al Jordán, y tanto más porque nosotros ya hemos recibido el bautismo del Espíritu.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, sentimos fuertemente la tentación del protagonismo, arde en nosotros la voluntad de sobresalir y de estar en el escenario el mayor tiempo posible. De este modo nunca seremos ángeles, nunca seremos mensajeros de buenas noticias, y mucho menos aún mensajeros tuyos.

Enséñanos a encontrar, como hizo Juan, nuestro sitio en el marco de tu Palabra, a construir una vida de servicio a los demás, orientándonos a que se encuentren contigo. Entonces podremos deslizarnos hacia la sombra del olvido, porque estaremos iluminados por la gratificación de tu luz. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

«*No soy digno de desatar la correa de sus sandalias*». Era costumbre entre los antiguos que cuando alguien quería tomar como esposa a la muchacha que le estaba destinada, ésta le desatara las sandalias dando a entender que, por derecho de parentesco, habría de ser su esposo. ¿Cómo, pues, apareció Cristo entre los hombres, sino como Esposo de la santa Iglesia? De él dice Juan: «*Quien tiene a la esposa es el esposo*». Ahora bien, dado que los hombres consideraron que Juan era Cristo –algo que él negó–, de una manera oportuna se proclamó indigno de desatar el lazo de sus sandalias. Dando a entender así: «No puedo descalzar los pasos de nuestro Redentor, porque no pretendo usurpar su título de esposo».

Sin embargo, es posible dar otra interpretación. ¿Quién no sabe, en efecto, que las sandalias se hacen con pieles de animales muertos? El Señor apareció en la

Encarnación llevando sandalias porque quiso asumir en su divina naturaleza la condición mortal de nuestra humanidad caída.

Con todo, el ojo humano no está en condiciones de penetrar el misterio de esta encarnación. No hay, en efecto, ninguna posibilidad de comprender plenamente cómo se revistió el Verbo de un cuerpo, cómo el Espíritu supremo y dador de vida asumió el alma en el seno de su madre, cómo fue concebido y llegó a la vida Aquel que no tiene comienzo.

El lazo de las sandalias simboliza, por tanto, la trama del misterio. Aquí está, pues, Juan, colmado de espíritu de profecía, dotado de una ciencia admirable, que admite, sin embargo, estar completamente a oscuras respecto a este misterio (Gregorio Magno, *Omellie sui Vangelii*, I, VII, 3, Roma 1994, 114-117 [edición española: *Homilías sobre los evangelios*, Rialp, Madrid 1957]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repente a menudo y medita esta Palabra:

«*Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo. [...] él os bautizará con Espíritu Santo*» (cf. Mc 1,7s).

Caminar con la Palabra

A modo de frontispicio de un templo, como comienzo del relato de Marcos aparece escrita la noticia más tremenda de la historia: «*Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*», grabada ahora en la carne del mundo como anuncio de alegría. Porque decir «Jesús» significa finalmente el fin de la triste orfandad del hombre, de su angustiada contumacia. El cielo y la tierra se encuentran en el hombre de Nazaret.

El comienzo del relato de Marcos parece proyectar luz sobre el Precursor. En realidad, Juan brilla con una luz refleja. Toda su figura refleja a Jesús; corresponde totalmente a él. Juan se encuentra también bajo el signo del cumplimiento de las Escrituras:

«Según está escrito en el profeta Isaías»; Juan predicará también la «conversión», como hará Jesús; el vasto eco de su ministerio de congregación de toda la Judea y de Jerusalén es anticipo de la magna reunión mesiánica de Jesús, y, por último, la misma suerte del Precursor inocente condenado a muerte preludia también la del Calvario. Marcos, incluso cuando presenta la ruda figura del hombre del desierto «vestido con piel de camello», evocadora del profeta Elías (2 Re 1,8), está pensando en el nuevo Elías: Jesús.

En suma, en el relato de Marcos subyace ya desde sus primeros renglones esta pregunta: «¿Quién es Jesús?». Y éste es «el que viene», el «que es más fuerte», el que «bautizará con el Espíritu Santo». En Jesús se resumen las visitas que Dios nos ha hecho en la historia; más aún, se concentra el «venir» de Dios, el cumplimiento de sus promesas inscritas en las expectativas de los siglos. En Jesús se lleva a cabo el gran encuentro entre las expectativas y el Esperado, en el que las esperanzas del hombre ya no se pueden ver decepcionadas, porque el Esperado es el «más fuerte». Jesús será el que «bautizará con el Espíritu Santo»: él será, en la primitiva comunidad, el que da el Espíritu Santo y dará comienzo a la nueva comunidad de los redimidos comunicando un corazón nuevo. De hecho, la conversión a la que invitaba el bautismo de Juan orientaba al hombre viejo hacia el nuevo, el Mesías. La conversión predicada por Jesús se basa en la novedad absoluta del corazón, recreado por el mismo Dios: el Espíritu Santo.

Jesús es el cumplimiento, Jesús es la fuerza de Dios, Jesús es la novedad absoluta de la historia (E. Masseroni, *La Parola come pane*, Cinisello B. [Mi] 1999, 18-20, *passim*).